

## ITINERARIO ESPIRITUAL DEL HOMBRE SANJUANISTA

JESÚS GARCÍA ROJO

Es bien sabido de todos que, en su origen, el nombre de ‘cristiano’ era un apodo con el que se designaba a los seguidores de Cristo, “un nombre más injurioso que honorífico”<sup>1</sup>. Según el libro de los Hechos de los Apóstoles, fue en Antioquia donde por vez primera se utilizó ese apelativo (cf. Hch 11, 26). Antes, al referirse a ellos, el mismo libro los llama ‘seguidores del Camino’ (cf. Hch 9, 2). Aunque el autor de Hechos no se detiene en explicar de qué Camino se trata, enseguida intuimos que tiene que ser un Camino singular.

Apolo, por ejemplo, que era un judío muy inteligente, había sido “instruido en el Camino del Señor” (Hch 18, 25), pero algo debía faltarle, ya que, a renglón seguido, se dice que “al oírle Áquila y Priscila le tomaron consigo y le expusieron más exactamente el Camino” (Hch 18, 26). Esto ocurría en Éfeso. Cuando, en uno de sus viajes apostólicos, Pablo llegue a Éfeso, tendrá grandes dificultades para predicar el Evangelio. Su predicación chocó con la obstinación de los judíos que trataban de desacreditarlo “hablando mal del Camino” (Hch 19, 9). Ante esta situación Pablo decide dirigirse sólo

1 Cf. H. KÜNG, *Ser cristiano*, Madrid, Cristiandad, 1977<sup>2</sup>, 145. Tolerado o perseguido, el cristianismo era para el imperio romano una *religio illicita* (cf. M. SORDI, *Los cristianos y el Imperio Romano*, Madrid, Encuentro, 1988).

al grupo de los discípulos. Pero ni siquiera así se calmaron los ánimos, pues en Éfeso se producirá la famosa revuelta de los orfebres a causa del Camino (cf. Hch 19, 23). Ya en Jerusalén, Pablo confesará abiertamente ante los judíos que en otro tiempo también él persiguió a muerte este Camino (cf. Hch 22, 4). Ahora, en cambio, es él el perseguido por sus antiguos correligionarios. En defensa propia, ante el Procurador romano, Pablo se empeñará en demostrar que el Camino –por el que al presente se halla encadenado– no es una secta, sino una profesión de fe en el Dios único que antiguamente habló por la Ley y los profetas, y que en Jesucristo se ha revelado como Salvador de todos los hombres, resucitándolo de entre los muertos (cf. Hch 24, 14). El texto añade que, una vez informado en lo referente al Camino, el procurador Félix decidió dar largas al asunto (cf. Hch 24, 22). Eso significó que Pablo continuó preso, primero en Cesarea, después en Roma. Para Pablo, como para otros muchos hombres y mujeres, la persecución, la cárcel y la muerte, fueron la consecuencia de haber seguido el Camino<sup>2</sup>.

Juan de la Cruz no llegó al extremo de morir a manos de sus perseguidores, aunque fue víctima de mezquinas campañas persecutorias y de un arresto carcelario que se prolongó durante meses<sup>3</sup>. Dejando de lado el análisis de las causas que provocaron tales sucesos<sup>4</sup>, para nuestro propósito basta indicar que nada de eso hubiera

2 Cf. VARIOS, *Il cammino spirituale cristiano*, Roma, Teresianum, 2004; también en: *Rivista di Vita Spirituale* 58 (2004) 349-570.

3 Al final de sus días, Juan de la Cruz fue víctima de “una verdadera y obstinada persecución” por parte de Diego Evangelista, comisionado por el definitorio para completar informaciones del proceso contra el P. Jerónimo Gracián (cf. CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *Vida de san Juan de la Cruz*, Madrid, BAC, 1991<sup>12</sup>, 359-384). Antes había pasado nueve meses encerrado en la cárcel conventual de Toledo, concretamente desde mediados de diciembre de 1577 a mediados de agosto de 1578 (cf. *Ibid.*, 147-171).

4 Cf. F. ANTOLÍN, *Un escrito inédito de Ana de San Bartolomé*, en: *Archivum Bibliographicum Carmelitanum* 16-18 (1977), 493-530 (edición más moderna en ‘Monumenta Historica Carmeli Teresiani’ 5: *Obras Completas de la Beata Ana de San Bartolomé*, Roma, Teresianum, 1981, 55-111); ID., *Francisco Crisóstomo, prior de Úbeda en 1591. Documentación vaticana sorprendente*, en: *San Juan de la Cruz* 13 (1997) 137-152; G. BELTRÁN, *El último prior de san Juan de la Cruz*, en: *San Juan de la Cruz* 14 (1998) 107-113; L. CHIAPPO, *Sufrimiento y divinización del hombre. (Acerca de las últimas semanas de fray Juan de la Cruz)*, en: *Revista Teológica Limense* 25 (1991) 192-215; A. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, *San Juan de la Cruz. Las Indias, penitencia y castigo*, en: VARIOS, *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, vol. 2, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1993, 271-293; O. STEGGINK, *Observancia y Descalcez carmelitana: reforma romano-tridentina y ‘reforma (española) del Rey’; un conflicto y su primera víctima*, en: ID. (coord.), *Juan de la Cruz, espíritu de llama*, Roma, Institutum Carmelitanum, 1991, 265-

ocurrido de no habernos encontrado con una persona firmemente decidida a seguir el Camino que, antes y después de él, han seguido otros, y que, en definitiva, no es sino el camino evangélico<sup>5</sup>. Teniendo esto en cuenta, nos interesa saber cómo asume e interpreta Juan de la Cruz el camino del evangelio. Esto nos llevará a presentar los rasgos o notas más sobresalientes del itinerario espiritual del hombre sanjuanista; ese hombre que, en tensión permanente hacia la meta, es “un ser en búsqueda continua del sentido de su vida”<sup>6</sup>.

Se ha dicho que “la obra sanjuanista está llena de vida y movimiento”<sup>7</sup>. Es la vida y movimiento de alguien que nunca se siente del todo satisfecho con lo que ha alcanzado. Por eso, desde el principio, se nos advierte que “en este camino siempre se ha de caminar”<sup>8</sup>.

---

292; ID., *Fray Juan de la Cruz en prisiones: bodas místicas en la cárcel*, en: ID. (coord.), *Juan de la Cruz, espíritu de llama...*, 293-317; VÍCTOR DE JESÚS MARÍA, *Un conflicto de jurisdicción*, en: *Sanjuanística* 474 (1943) 413-528; J. C. VIZUETE MENDOZA, *La prisión de san Juan de la Cruz. El convento del Carmen de Toledo en 1577 y 1578*, en: VARIOS, *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, vol. 2..., 427-436.

5 Cf. D. ORTEGA, *Él es el camino*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 2004. Para el cuarto evangelista Jesús es el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6). También lo es para la Iglesia que celebra los misterios de la salvación. Así de claro se dice en una de las últimas plegarias eucarísticas incorporadas al Misal Romano: “porque sólo él es el camino que nos conduce hacia ti, Dios invisible, la verdad que nos hace libres, la vida que nos colma de alegría” (*Prefacio de la plegaria eucarística V/b*).

6 C. GARCÍA, *Juan de la Cruz y el misterio del hombre*, Burgos, Monte Carmelo, 141. Cf. A. ÁLVAREZ-SUÁREZ, *Itinerario y experiencia de Dios desde san Juan de la Cruz*, en: *Monte Carmelo* 94 (1986) 379-417; S. CASTRO, ‘Buscando mis amores’. *La vida espiritual como camino*, en: *Vida Religiosa* 68 (1990) 440-447; ID., *Hacia Dios con san Juan de la Cruz*, Madrid, EDE, 2002<sup>2</sup>; C. GARCÍA, *¿Adónde te escondiste? La búsqueda de Juan de la Cruz*, Burgos, Monte Carmelo, 1999; A. HUERGA, *San Juan de la Cruz, guía del hombre que busca a Dios*, en: *Horizontes* 73-74 (1995-96) 21-51; A. NAVARRO, *Al paso de Dios, al paso del hombre: pedagogía de la experiencia cristiana en san Juan de la Cruz*, Burgos, Monte Carmelo, 2000; E. PACHO, *Camino espiritual*, en: ID. (dir.), *Diccionario de san Juan de la Cruz*, Burgos, Monte Carmelo, 2000, 239-244; O. STEGGINK, *O itinerario espiritual segundo sao Joao da Cruz. A trajetoria do processo espiritual do homen para Deus*, en: *Carmelo Lusitano* 8-9 (1990-91) 159-175.

7 F. RUIZ SALVADOR, *Místico y maestro San Juan de la Cruz*, Madrid, EDE, 1986, 98.

Utilizamos la tercera edición de las *Obras Completas* de san Juan de la Cruz, publicadas por la EDE (Madrid, 1988), que citaremos del modo siguiente: S = *Subida del Monte Carmelo*; N = *Noche Oscura*; CB = *Cántico Espiritual* (segunda redacción); LB = *Llama de amor viva* (segunda redacción); D = *Dichos de luz y amor*; Cta = *Cartas*.

8 1S 11, 6. “La experiencia que nos cuenta el místico es, precisamente, un viaje, con sus dificultades y problemas, pero donde la fascinación siempre es más

Juan de la Cruz ha comprobado que son muchas las personas que comienzan el camino hacia la unión con Dios. Pero, por desgracia, son pocas las que pasan adelante<sup>9</sup>. A la vista de esa situación, él insistirá en aspectos del proceso espiritual que no han sido tenidos suficientemente en cuenta por los maestros espirituales, reconociendo, no obstante, que “a cada uno Dios lleva por diferentes caminos”<sup>10</sup>. Esto dicho, y dado por supuesto que el camino trazado por Juan de la Cruz en sus escritos conduce a la unión con Dios (ésta es la meta), a continuación nos detendremos en exponer tres aspectos o rasgos fundamentales del mismo: 1) es un camino de seguimiento de Jesucristo; 2) es un camino de liberación; 3) es un camino teologal<sup>11</sup>.

## I. CAMINO DE SEGUIMIENTO DE JESUCRISTO

En total consonancia con los evangelios, Juan de la Cruz hace del seguimiento de Cristo el fundamento de la vida cristiana. No hay otro nombre o realidad que pueda colmar nuestros anhelos más profundos. Él es el único que puede salvarnos. Por eso, escribe Juan de la Cruz, “lo primero, traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo”<sup>12</sup>. Esto es lo primero de todo: imitar a Cristo, lo que en los evangelios sinópticos se traduce como seguimiento de Cristo<sup>13</sup>.

---

grande, más alta, más profunda: la meta es la unión” (J. A. MARCOS, *Ahora entiendo a san Juan de la Cruz. Sobre las metáforas del alma*, en: *Revista de Espiritualidad* 62 [2003] 471-472). Cf. ID. *Un viaje a la libertad. San Juan de la Cruz (La experiencia mística en metáforas cotidianas)*, Madrid, EDE, 2003.

<sup>9</sup> Cf. S prólogo 3.

<sup>10</sup> LB 3, 59.

<sup>11</sup> No decimos que éstos sean los únicos aspectos del camino sanjuanista. Lo que decimos es que, a nuestro entender, son fundamentales. También se podría presentar el camino como un proceso de unificación e integración de la persona (cf. C. GARCÍA, *Juan de la Cruz y el misterio del hombre...*, 141-230), como un boceto de reconstrucción del hombre nuevo (cf. J. D. GAITÁN, *San Juan de la Cruz y la reconstrucción del hombre nuevo*, en: *San Juan de la Cruz* 29 [2002] 5-30; M. HERRAIZ, *Boceto del hombre nuevo según san Juan de la Cruz*, en: *San Juan de la Cruz* 10 [1992] 149-165), etc.

<sup>12</sup> 1S 13, 3. En otro lugar, para vencer los apetitos, aconseja: “traer un ordinario apetito de imitar a Jesucristo en todas sus obras, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como él se hubiera” (D 159).

<sup>13</sup> Cf. A. MORENO DE BUENAFUENTE, *Detrás de Jesús. Itinerario para el seguimiento*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 2004. “Al hombre de hoy, a menudo insatisfecho por una existencia vacía y fugaz, y en la búsqueda de la alegría y amor auténticos, Cristo le propone su propio ejemplo, invitándolo a



### 1.1. Seguimiento radical y amoroso

Seguir a Cristo es la primera condición para poder ser discípulo suyo. Ahora bien, seguir a Cristo puede resultar tremendamente comprometedor. Tal vez, por eso, ni han faltado ni faltarán quienes, después de haber recorrido algunos tramos del camino, renuncien a seguir adelante o se forjen otras metas distintas. Querrían, sí, seguir a Cristo, pero con algunas condiciones. A este propósito es muy elocuente lo sucedido en 1591. Ese año los Carmelitas Descalzos celebraron en Madrid su Capítulo o Asamblea. También asiste Juan de la Cruz, quien hasta esa fecha había sido Superior del convento de Segovia. Ahora, por contra, queda sin oficio ni beneficio. Algunos piensan que se está obrando injustamente con él, por eso tratan de arrinconarlo. Eso es lo que pensaba la Madre Ana de Jesús, carmelita descalza de Segovia. Juan de la Cruz, en cambio, hace una lectura muy distinta de lo sucedido, exhortándole por carta a asemejarse a este gran Dios nuestro, humillado y crucificado. “Pues que esta vida si no es para imitarle no es buena”<sup>14</sup>.

Como se ve, Juan de la Cruz se reafirma en un seguimiento de Cristo sin paliativos o condiciones. A primera vista, esto puede parecer muy duro, y lo es, si no se tiene en cuenta cuál ha de ser la raíz del verdadero seguimiento: el enamoramiento de Jesucristo. El seguimiento no es puro ascetismo ni fría negación. La negación o renuncia puede ser la consecuencia; pero lo primero es seguir a Cristo por amor. Es una pena que con demasiada frecuencia se haya olvidado esto, lo que, por otra parte, es un principio fundamental para poder comprender correctamente a san Juan de la Cruz<sup>15</sup>.

Hace ya bastantes años Jean Baruzi nos hacía ver que Juan de la Cruz coloca el enamoramiento de Jesucristo en el arranque mismo del camino. Para poder emprender el camino, esto es, para poder seguir a Jesucristo hay que estar enamorado de él. Esto es lo primero y fundamental. Todo lo demás es secundario. “Triste victoria la de un alma que se niega, mientras ninguna nueva pasión la recorre”<sup>16</sup>. Si no hay enamoramiento, tarde o temprano se hará mani-

---

seguirlo” (JUAN PABLO II, *‘Hay mayor felicidad en dar que en recibir’*. Mensaje para la Cuaresma 2003, en: *Ecclesia* 3140 [2003] 233).

14 Cta 25 (Madrid, 6 de julio de 1591).

15 Cf. S. CASTRO, ‘Cristo vivo’ en *Juan de la Cruz*, en: *Revista de Espiritualidad* 49 (1990) 439-474; C. GARCÍA, *Cristología actual y seguimiento de Cristo en la espiritualidad teresiano-sanjuanista*, en: *Monte Carmelo* 103 (1995) 3-24.

16 J. BARUZI, *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1991, 407. Gran enamorado de Dios, Juan de

fiesto que alcanzar la meta es una empresa imposible. Sabedor de esto, Juan de la Cruz insiste en la necesidad de imitar a Cristo en todas las cosas, porque hay muchos que yerran “pensando que aciertan en lo que es seguir a tu dulcísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo”<sup>17</sup>.

Llevado de su gran celo apostólico, Pablo se atrevió a escribir a los Corintios: “sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (1Co 11, 1; cf. 4, 16). Juan de la Cruz, por su parte, aconseja: “nunca tomes por ejemplo al hombre en lo que hubieres de hacer, por santo que sea (...), sino imita a Cristo, que es sumamente perfecto y sumamente santo y nunca errarás”<sup>18</sup>. Cristo, que es el único camino que conduce al Padre (cf. Jn 14, 6), ha de ser tenido igualmente como el único modelo a seguir.

Pero, ¿qué significa realmente seguir o imitar a Cristo? De forma muy sintética podemos contestar diciendo que seguir a Cristo significa conformarse con su vida, hacer que Cristo tome forma en nosotros. Es lo que Pablo anhelaba de sus comunidades, y lo que le ocasionaba dolores de parto: “¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros” (Ga 4, 19). Y es que hacer que Cristo se vaya formando en nosotros es una ardua tarea. Se trata, nada más y nada menos, de luchar contra nuestro ‘idolatrado’ yo. A una dirigida suya escribe Juan de la Cruz: “Dios nos libre de nosotros”, como si nosotros fuéramos incapaces de hacerlo<sup>19</sup>. Y, en cierto sentido, así es: a trancas y barrancas, a veces, logramos desprendernos de cosas que quedan fuera de nosotros. Desprendernos de nosotros mismos, eso ya es otro cantar. Y, sin embargo, esto fue lo que hizo Cristo, “el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres...” (Flp 2, 6s).

El himno de la carta a los Filipenses habla de despojo y anonadamiento de Cristo. Su humillación llegó hasta la muerte en cruz.

---

la Cruz “no hará sino biografiar el alma enamorada y enseñar a enamorarse más y más de Dios y de Jesucristo el Señor. El gran enamorado que pone escuela de enamoramiento” (J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz. Profeta enamorado de Dios y maestro*, Madrid, Instituto de Espiritualidad a distancia, 1987, 6. Cf. X. PIKAZA, *Amor de hombre, Dios enamorado. San Juan de la Cruz: una alternativa*, Bilbao, DDB, 2004).

17 D, prólogo.

18 D 156.

19 Cta 23 (sin referencia de lugar y fecha).

Hasta ahí debiera estar dispuesto a llegar el que se precie de seguir a Cristo. Sin embargo, no parece que esto sea siempre así.

### 1.2. Necesidad de conocer a Cristo

En el libro de la *Subida del Monte Carmelo* Juan de la Cruz afirma de forma rotunda que Cristo es muy poco conocido de quienes se tienen por amigos suyos<sup>20</sup>. Tal vez, por eso, no aciertan a seguirlo. Refiriéndose al pueblo de Israel, el profeta Jeremías dice: no me conocen, son criaturas necias, por eso no siguen mis caminos (cf. Jr 4, 22 y 5, 4-5). Pedro sí que conocía a Cristo, pero no hasta el punto de estar dispuesto a seguirlo hasta el final. Llegado el momento de la Pasión, de él dice el evangelista que seguía a Jesús “de lejos” (Mc 14, 54). El caso contrario lo tenemos en Pablo. Al descubrir que Jesús es el Señor se produce en él un cambio tan profundo que puede decir: “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Este es el comportamiento de quien asegura que, comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, todo lo considera basura (cf. Flp 3, 8). A los Corintios, en cambio, les reprocha su ignorancia de Dios: entre vosotros –les advierte– hay quienes no conocen a Dios, y esto es vergonzoso (cf. 1Co 15, 34).

Así pues, para poder seguir a Cristo es indispensable conocerlo. Y tanto mejor lo seguiremos cuanto mejor lo conozcamos. Los escritos del Nuevo Testamento animan a los cristianos a vivir conforme al conocimiento de Cristo (cf. Ef 4, 17-21; 2P 1, 2-3; 3, 18). Pablo, que se gloria de haber conocido a Cristo, no tiene reparo alguno en confesar que es un Cristo crucificado, “escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” (1Co 1, 23). Juan de la Cruz está de acuerdo con Pablo cuando, en uno de sus *Dichos de luz y amor*, manifiesta: “bás-tele Cristo crucificado, con él pene y descanse...”<sup>21</sup>. Lo que equivale a decir: sea amigo o amiga de Cristo crucificado<sup>22</sup>, y aprenda a crucificarse interior y exteriormente con él, entonces “vivirá en esta vida con hartura y satisfacción de su alma”<sup>23</sup>. Esto nos está indicando que el seguimiento o imitación de Cristo pasa necesariamente por la cruz. Morir con Cristo, crucificarse con Cristo, es condición indispensable para poder vivir con él. Sin embargo, “muchos (...) viven

20 Cf. 2S 7, 12.

21 D 91.

22 Cf. D 94.

23 D 86.

como enemigos de la cruz de Cristo” (Flp 3, 18), pasando por alto la recomendación del Maestro: “si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc 8, 34).

Sería bueno aclarar cómo hay que entender la cruz, que, bastante a la ligera, algunos confunden con cualquier desgracia o contrariedad. Para nuestro propósito, basta decir que “la cruz genuinamente cristiana es aquella que aparece en nuestra vida como consecuencia de nuestro seguimiento de Jesucristo”<sup>24</sup>. No es cualquier sufrimiento, sino aquel que deriva del hecho de ser cristiano (cf. 1P 4, 13-16).

Hecha esta pequeña aclaración, añadamos que una tentación que con frecuencia sobreviene al cristiano es la de rehuir la cruz. De mil modos distintos tratamos de quitárnosla de encima, olvidando que, llevada por Dios, la cruz es más leve cuanto más pesada<sup>25</sup>. Extraña paradoja que choca con nuestro modo de ver y actuar. Es lo que le debió de suceder al P. Luis de san Ángel, quien escribió a Juan de la Cruz pidiéndole que moderase su penitencia. Éste, por toda otra respuesta, se limitó a decirle: “no busque a Cristo sin cruz”<sup>26</sup>. Resuena aquí lo que Pablo dice a su discípulo Timoteo: “todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones” (2Tm 3, 12).

### *1.3. Seguir a Cristo crucificado*

La cruz y la muerte forman parte del destino de Jesús. Esto no podemos negarlo ni camuflarlo. Él encarna a la perfección la figura del Siervo del profeta Isaías que carga sobre sí los ultrajes de todos los hombres. Una y otra vez los evangelios nos lo presentan subiendo a Jerusalén, donde, después de ser escarnecido, será condenado a muerte.

Desde su personal experiencia de seguimiento, Juan de la Cruz afirma que es gran cosa determinarse a llevar la cruz. Y dice más: en el camino que lleva a la cumbre (que es la unión con Dios) hemos de tomar la cruz como báculo, ya que todo lo que no sea identificarse con el Cristo sufriente camino de Jerusalén es andar por las ramas y no aprovecha<sup>27</sup>. El aprovechar se halla imitando a Cristo,

24 J. A. PAGOLA, *Seguir al Crucificado*, en: *Sal Terrae* 77 (1989) 107.

25 Cf. JUAN DE LA CRUZ, *Cuatro avisos a un religioso*, 6.

26 Cta 24 (Segovia, fecha incierta: ¿1589 – 1590?).

27 Cf. 2S 7, 5-7

que es nuestro ejemplo. Como él cargó con la cruz, como él murió en la cruz, así tiene que proceder su discípulo, pues la unión con él no consiste en gusto y experiencias extraordinarias, “sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual”<sup>28</sup>.

Como ya se ha dicho, para ser cristiano hay que seguir a Cristo; pero, insistamos, es el Cristo que muere clavado en la cruz. Y aquí, apostilla Juan de la Cruz, no hay escapatoria posible: “el que no busca la cruz de Cristo, no busca la gloria de Cristo”<sup>29</sup>. La Pascua cristiana es una experiencia de luz y de gloria, pero es también una experiencia de cruz y de muerte. Para llegar a la gloria hay que pasar por el calvario. Es lo del grano de trigo: si no muere, no dará fruto. Por el evangelio, Pablo lleva cadenas de malhechor. Pero todo lo soporta por los elegidos, “para que también ellos alcancen la salvación que está en Cristo Jesús”. Y añade: “es cierta esta afirmación: si hemos muerto con él, también viviremos con él” (2Tm 2, 9-11).

Nuestro encuentro con Cristo es siempre encuentro con el Cristo que, muriendo, vence la muerte. Muriendo en la cruz, Cristo entró en la gloria. Dando muerte al hombre viejo, el cristiano tendrá también parte en la gloria de Cristo. Hay que tener muy presente que Dios ha resucitado al Crucificado. “Esto significa que Dios ha ratificado el camino seguido por el Crucificado, convirtiéndolo en el único y definitivo camino para llegar a la Vida”<sup>30</sup>.

A las carmelitas de Beas, Juan de la Cruz les dice que son corona de Cristo. Para seguir siéndolo tienen que ir tras sus pasos sin entretenerse en nada, dando muerte a todo aquello que pueda estorbar la resurrección interior del espíritu, pues “el que busca gusto en alguna cosa, ya no se guarda vacío para que Dios le llene de su inefable deleite”<sup>31</sup>.

28 2S 7, 11. Cf. G. FURIONI, *San Giovanni e il mistero della Croce*, en: *Quaderni Carmelitani* 7 (1990) 161-185; J. D. GAITÁN, *El camino de la cruz. Transfiguración del hombre sanjuanista*, en: *Revista de Espiritualidad* 53 (1994) 43-118; C. GARCÍA, *La cruz del seguimiento. San Juan de la Cruz: Subida 2, 7*, en: *Monte Carmelo* 100 (1992) 125-137; M. HERRAIZ, *Cruz de Cristo*, en: E. PACHO (dir.), *Diccionario de san Juan de la Cruz...*, 355-369; F. J. RESTREPO GIRALDO, *La cruz en san Juan de la Cruz*, en: *Vida Espiritual* 88 (1987) 5-58.

29 D 101.

30 J. A. PAGOLA, o. c., 117. Cf. SECRETARIADO CATEQUÍSTICO DE LA DIÓCESIS DE VERONA, *Por el camino del Crucificado. Seguir a Jesús hasta la cruz*, Santander, Sal Terrae, 2002.

31 Cta 7 (Málaga, 18 de noviembre de 1586).

En otro contexto, a la Madre María de Jesús, priora de Córdoba, le recuerda que profesan a Cristo desnudamente<sup>32</sup>. En la mente de Juan de la Cruz, profesar a Cristo desnudamente equivale a tomarse en serio el seguimiento de Cristo, cuidando de la edificación material del convento no menos que de la espiritual, ya que las que allí moran son cimiento de las que vendrán después. Por eso han de recorrer el camino de su consagración a Dios con toda humildad y desasimiento, y, al mismo tiempo, con voluntad robusta, “queriendo que les cueste algo este Cristo, y no siendo como los que buscan su acomodamiento y consuelo, o en Dios o fuera de él”<sup>33</sup>.

#### *1.4. Prestos a escuchar su Palabra*

Hasta aquí hemos visto que para seguir a Cristo hay que estar dispuestos a cargar con la cruz de cada día. Añadamos ahora otro dato más: para seguir a Cristo hay que estar también dispuestos a escuchar su palabra. En la escena del bautismo de Jesús, la voz que viene de lo alto testifica que él es el hijo amado (cf. Mt 3, 17 y par.). Otro tanto sucederá en la escena de la transfiguración. También aquí la voz declara que Jesús es el hijo amado, para añadir seguidamente: “escuchadle” (Mt 17, 5 y par.). La indicación de escuchar al hijo amado la recogen los tres sinópticos, como si los tres estuvieran de acuerdo en señalar que es imposible seguir a Jesús sin escuchar su palabra. Y los distintos relatos de vocación que aparecen en los evangelios no hacen sino confirmar que al seguimiento de Jesús precede la llamada. Ciertamente, no todos dan la respuesta que cabría esperar a la llamada, como no todos acogen con la misma disponibilidad el mensaje de Jesús. La parábola del sembrador ilustra muy bien las reacciones tan distintas que suscita la palabra de Jesús (cf. Mt 13, 3-23). Quienes la acogen con alegría y perseveran en su actitud, haciendo que fructifique copiosamente en ellos, éstos se parecen a quienes construyen su casa sobre roca (cf. Mt 7, 21-27).

Los verdaderos discípulos de Jesús escuchan sus palabras y lo siguen. Junto a éstos, están aquellos otros que ni siguen a Jesús ni escuchan sus palabras: son personas que van por otros derroteros. El mismo evangelio da cuenta de lo que sucedió después del discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún: “muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: es duro este lenguaje. ¿Quién puede

32 Cf. Cta 16 (Segovia, 18 de julio de 1589).

33 Cta 16 (Segovia, 18 de julio de 1589).

escucharlo?” (Jn 6, 60). Y sucedió entonces que, muchos, incapaces de escuchar lo que Jesús decía, se volvieron atrás. Ante el desconcierto creado, Pedro no sólo confiesa que Jesús es el Santo de Dios, sino que, reafirma su decisión de seguirlo, ya que, agrega, “tú tienes palabras de vida” (Jn 6, 68).

Recordemos, a este propósito, que Juan de la Cruz presenta a Jesucristo como culmen de la revelación<sup>34</sup>. Todo lo que en otro tiempo fue diciendo Dios poco a poco por los profetas, nos lo ha dicho ahora sin reservas en su Hijo Jesucristo. De ahí que frente a quienes todavía piensan o sueñan en la posibilidad de otras revelaciones, Juan de la Cruz insiste en que Dios nos ha dicho todo en Jesucristo. Esto significa que Dios nos ha entregado todo en Jesucristo o, por mejor decir, que se ha entregado totalmente, ya que su Palabra no es algo distinto de Él. En Jesucristo, Dios se está diciendo a sí mismo, se está comunicando a los hombres. Por eso hay que mirarlo y escucharlo. Si así lo hiciéramos, hallaríamos en él más de lo que pedimos o deseamos. Por consiguiente, siempre se ha de estar en lo que Cristo dijo y enseñó. “Y lo que de este camino saliere no sólo es curiosidad, sino mucho atrevimiento”<sup>35</sup>.

Después de indicar que, por no haber escuchado la voz de Dios, los israelitas no entraron en el descanso, el autor de la carta a los Hebreos exhorta a sus lectores a no ser desobedientes (cf. Hb 3, 7 - 4, 11). Desechando la rebeldía que lleva a la muerte, hay que empeñarse, más bien, en escuchar la Palabra que el Padre nos habla en su Hijo. Según san Juan de la Cruz, Dios habla siempre esta Palabra en eterno silencio, “y en silencio ha de ser oída del alma”<sup>36</sup>. Es más, al escucharla no podrán por menos de alegrarse<sup>37</sup>, porque siendo, como es, una Palabra de amor, ella es luz y vida para nuestros pasos.

34 Cf. S2 22.

35 2S 22, 7.

36 D 99.

37 Cf. 2S 3, 5.



## II. CAMINO DE LIBERACIÓN

### 2.1. Llamados a la libertad

En la carta a los Gálatas, Pablo afirma que “para ser libres nos libertó Cristo” (Ga 5, 1). La vida cristiana, que es un proceso de identificación con Cristo, es, asimismo, un proceso continuo de liberación. Cuanto más se asemeja el hombre a Cristo, tanto más se afianza su libertad. Con esto se está indicando que la libertad pertenece a la esencia de la vida cristiana. Mucho antes que los diferentes movimientos modernos enarbolaran la bandera de la libertad, el autor de la primera carta de Pedro había escrito: no os dejéis arrastrar por las pasiones, antes por el contrario, “obrad como hombres libres” (1P 2, 16).

Eso mismo es lo que propone Juan de la Cruz; y muchos de sus escritos son un canto, velado o manifiesto, a la libertad<sup>38</sup>. Es célebre aquella sentencia suya que dice: “la mosca que a la miel se arrima impide su vuelo”<sup>39</sup>. Es una manera gráfica de decirnos que quien se deja arrastrar por el dulzor o gusto de las cosas quedará pegado a ellas. Lo contrario sucede cuando la persona no se deja llevar por las apetencias: “volará ligero según el espíritu, como el ave a que no falta pluma”<sup>40</sup>. La imagen del ave es muy querida para Juan de la Cruz, y no duda en echar mano de ella a la hora de exponer su pensamiento sobre la libertad. No mucho después de haber iniciado el libro de la *Subida del Monte Carmelo* explica: me da igual que un ave esté asida a un hilo delgado que a uno grueso. Es cierto que es más fácil de quebrar el delgado que el grueso, pero también es cierto que mientras no se quiebre no podrá volar. Y añade: pues eso es lo que ocurre con la persona que está asida a alguna cosa: por más virtud que tenga, “no llegará a la libertad de la divina unión”<sup>41</sup>.

38 Cf. A. BALDEÓN-SANTIAGO, *Educación en libertad: relejendo las 'Cautelas' de san Juan de la Cruz*, en: *San Juan de la Cruz* 27 (2001) 5-31; J. BOLDT, *La liberación del hombre según san Juan de la Cruz*, en: *San Juan de la Cruz* 27 (2001) 61-77; R. KÖRNER, *Freiheit, die von innen kommt. Geistliche Orientierung an Johannes vom Kreuz*, Leipzig, Brenno Verlag, 1992; W. REPGES, *Durch Liebe zur Freiheit. Der Weg des heiligen Johannes vom Kreuz*, en: *Geist und Leben* 53 (1980) 102-115; J. V. RODRÍGUEZ, *Dos temas sanjuanistas candentes: promoción de la persona, llamada a la libertad*, en: *Monte Carmelo* 88 (1980) 411-430; ID. *La liberación en san Juan de la Cruz*, en: *Teresianum* 36 (1985) 421-454.

39 D 24.

40 D 23.

41 IS 11, 4.

Siguiendo con la imagen del ave, todos sabemos que para que ésta pueda volar necesita tener plumas (echarse a volar antes de tiempo es un acto de temeridad suicida). Para poder volar, el ave necesita, además, no estar atada a nada. Es una manera de decir que para ir a Dios es preciso romper las ataduras que nos impiden caminar. Y romper las ataduras es tanto como desasirse de los apetitos. El término ‘apetito’, poco usual ahora y poco usual entonces, le sirve a Juan de la Cruz para designar la afectividad desordenada. Según eso, quien se deja dominar por sus apetitos es esclavo de sus pasiones, en cambio, “el espíritu robusto no está asido a nada”<sup>42</sup>, es un espíritu que va a Dios volando<sup>43</sup>. Otros van a paso de tortuga y otros ni siquiera van, porque van errados.

En el prólogo del libro de la *Subida del Monte Carmelo*, Juan de la Cruz dice que hay personas que no se dejan “poner libremente en el puro y cierto camino de la unión” (n. 3). Son personas que tratan de simultanear varios, y hasta contradictorios, quererres a un tiempo; son personas con un corazón dividido y siempre insatisfechas. De seguir así, esas tales nunca alcanzarán la cumbre de la unión con Dios, lo que, a juicio de Juan de la Cruz, es muy triste. “Es lástima ver muchas almas a quienes Dios da talento y favor de pasar adelante, que, si ellas quisiesen animarse, llegarían a este alto estado, y quédanse en un bajo modo de trato con Dios”<sup>44</sup>. Son como niños caprichosos, entretenidos en mil bagatelas diferentes que les impiden descubrir la excelencia del amor de Dios. Sin este descubrimiento, es decir, sin estar tocados del amor de Dios, es imposible ponerse en camino y superar los obstáculos que vayan saliendo al paso. Según Juan de la Cruz, para lo uno y lo otro no sólo es menester tener amor, sino algo más: es preciso que el alma esté “inflamada de amor y con ansias”<sup>45</sup>.

42 D 41.

43 Cf. 3S 35, 6.

44 1S prólogo 3.

45 1S 14, 2.

## 2.2. *Los apetitos esclavizan*

En ningún lugar de sus escritos define Juan de la Cruz a los apetitos, a los que, sin embargo, caracteriza como afectos desordenados<sup>46</sup>. Según él, los apetitos provocan desorden en las potencias y hacen perezosa el alma para las cosas de Dios, llegando a bloquear el camino hacia la unión. Ésta es la razón por la que el hombre ha de carecer de todos los apetitos “por mínimos que sean”<sup>47</sup>. Personas ha habido que por alimentar un pequeño apetito o afición desordenada se han ido enfriando en las cosas de Dios hasta perderlo todo<sup>48</sup>. Por eso, para poder seguir adelante con provecho, es necesario dominar los apetitos, en lugar de ser dominados por ellos. Esto no siempre es así. Como guía y maestro de muchas personas, Juan de la Cruz lo sabe. Por eso no duda en exponer los daños que los tales apetitos causan: “cansan al alma, y la atormentan, y oscurecen, y la ensucian y la enflaquecen”<sup>49</sup>.

Por cuanto llevamos dicho, fácilmente se echa de ver que los apetitos son lazos u obstáculos que impiden avanzar a la persona en el camino hacia la unión con Dios. Y, advierte Juan de la Cruz, en este camino el no ir adelante es volver atrás. Así lo enseña la experiencia. Basta un pequeño asimiento o niñería para que muchos vuelvan atrás, “perdiendo lo que en tanto tiempo con tanto trabajo han caminado y ganado”<sup>50</sup>. Dicho de otro modo, los apetitos son esos pequeños, y no tan pequeños, ídolos que reclaman nuestra atención y entrega, haciendo que Dios pase a segundo plano o, sencillamente, desaparezca del horizonte de nuestras vidas<sup>51</sup>.

46 Cf. M. F. de HARO IGLESIAS, *Los apetitos: ¿tendencias desordenadas o fortaleza del hombre?*, en: *Letras de Deusto* 21 (1991) 249-262; ID., *Apetitos*, en: E. PACHO (dir.), *Diccionario de san Juan de la Cruz...*, 144-160; J. MUÑOZ, *Los apetitos según san Juan de la Cruz*, en: *Manresa* 14 (1942) 328-339.

47 1S 11, 2. “A san Juan de la Cruz no le interesan los apetitos en sí y por sí, sino sólo por el lugar que ocupan y el papel que desempeñan en la vida espiritual del hombre” (M. KIWKA, *Las estructuras básicas del ser humano en el pensamiento de san Juan de la Cruz*, en: *San Juan de la Cruz* 33 [2004] 25).

48 Cf. 1S 11, 5.

49 1S 6, 5. A partir de este momento y a lo largo de varios capítulos, Juan de la Cruz expone su doctrina sobre los apetitos, concluyendo que, “para entrar en esta divina unión, ha de morir todo lo que vive en el alma, poco y mucho, chico y grande, y el alma ha de quedar sin codicia de todo ello” (1S 11, 8).

50 1S 11, 5.

51 Los apetitos son las pequeñas divinidades sueltas del corazón descenrado, a las que el hombre dedica tiempo a costa de sacrificar la paz y las mejores energías del alma (Cf. F. RUIZ, *Pedagogía mística y pastoral cristiana. Proyecto de san Juan de la Cruz*, en: *Revista de Espiritualidad* 53 [1994] 21).

Según el evangelio, la senda que conduce a la vida es estrecha (cf. Mt 7, 13-14). Y, porque es estrecha, para poder caminar por ella no queda más remedio que estrecharse, esto es, dar muerte a los apetitos, en cuanto afectos desordenados. “Los que son de Cristo Jesús –apunta Pablo– han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias” (Ga 5, 24). Antes de seguir a Cristo éramos esclavos de nuestras pasiones. Era el tiempo de la ignorancia. Superada esa etapa, a los que se han adherido a Cristo, el autor de la primera carta de Pedro recomienda que no se amolden a las apetencias de antes (cf. 1P 1, 14), sino que se dediquen a Dios con un corazón puro y libre. Liberarse de los afectos desordenados puede resultar, en ocasiones, una tarea harto costosa; en todo caso, es siempre una tarea necesaria para poder entrar “con más libertad en esta tierra de promisión de la unión divina”<sup>52</sup>.

Este último texto nos evoca la salida de Israel de la esclavitud de Egipto y la conquista de la tierra prometida, como espacio de libertad. Entre medias se extiende un largo y penoso camino. Y sólo después de haber superado muchas pruebas, se hizo realidad la soñada tierra prometida. Juan de la Cruz dirá que en este proceso de liberación del que venimos hablando, hace más Dios que en criarla de la nada<sup>53</sup>. Es una nueva re-creación, y no una simple reformación. Como consecuencia del primer pecado el hombre yacía en cautividad: cautivo de sus pasiones, afectos, apetitos... Hasta que todo esto no esté sosegado, “no sale el alma a la verdadera libertad”<sup>54</sup>. Romper las ataduras de las pasiones y apetitos que retienen al hombre en su vieja condición de esclavo es como nacer de nuevo, es una dichosa ventura, ya que es “volar a la libertad”<sup>55</sup>.

### *2.3. ¡Dichosa libertad de los hijos de Dios!*

Entre liberación cristiana y experiencia de Dios existe un nexo íntimo y profundo. La experiencia de Dios, que es una experiencia liberadora, es también fuente de liberación. De acuerdo con esto, al encaminar a la persona hacia Dios, Juan de la Cruz trata de que se libere de todo aquello que es contrario a Dios. Por eso declara que para vivir en Dios hay que morir a todo lo que no es Dios<sup>56</sup>; para que

52 1S 11, 7.

53 Cf. 1S 6, 4.

54 1S 15, 2.

55 3S 16, 6.

56 Cf. D 171.

crezca el amor de Dios es preciso limpiar el alma de todo apetito y asimiento<sup>57</sup>. Son modos distintos de decir la misma cosa: el camino para alcanzar la unión con Dios es un camino de liberación; y tanto mayor será la experiencia de libertad cuanto mayor sea la unión del hombre con Dios. En último término, la verdadera libertad florece allí donde el hombre alcanza su identidad de hijo de Dios y vive como tal.

En el diálogo que Jesús mantiene con Nicodemo señala: “el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios” (Jn 3, 3). Y nacer de lo alto o de nuevo significa despojarse del hombre viejo que se corrompe, y revestirse del hombre nuevo, “creado, según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4, 22-24). Nacer de lo alto o de nuevo significa también tener parte en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 21).

Esto es lo que en último término pretende Juan de la Cruz: conducir a las personas a la dichosa libertad de los hijos de Dios. Para ello se hace necesario no negar las cosas sino hacer buen uso de ellas. Sería inhumano prescindir de las cosas, pero sería lamentable quedar prendidos en ellas. El hombre verdaderamente libre sabe cómo usarlas: no entregándoles el corazón ni valorándolas más de lo justo. Así pues, no se trata de negar o eliminar nada que pertenezca a lo auténticamente humano, sino de ordenarlo y ‘ponerlo en razón’<sup>58</sup>.

A este propósito es muy esclarecedor lo que el Santo escribe a la priora de la comunidad de Córdoba. Después de manifestar que han de aprender a vivir con solo Dios, añade: “y sepan que no tendrán ni sentirán más necesidades que a las que quisieren sujetar el corazón (...) ¡Dichosa nada y dichoso escondrijo de corazón, que tiene tanto valor que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí, y perdiendo cuidados por poder arder más en amor!”<sup>59</sup>. Antes, a las Carmelitas de Beas, a las que conocía muy bien, les había escrito: “Dios nos libre de tan malos embarazos, que tan dulces y sabrosas libertades estorban”<sup>60</sup>.

En todo tiempo y lugar la conquista de la libertad es un gran desafío. Lo es también para el cristiano, llamado, por vocación, a ser

57 Cf. D 77.

58 Cf. J. V. RODRÍGUEZ, *San Juan de la Cruz: su defensa de la razón y de las virtudes humanas*, en: VARIOS, *Antropología de san Juan de la Cruz*, Ávila, Institución ‘Gran Duque de Alba’, 1988, 37-60

59 Cta 16 (Segovia, 18 de julio de 1589).

60 Cta 7 (Málaga, 18 de noviembre de 1586).

libre y a liberarse de todo aquello que es contrario al amor, pues “sólo desde el amor la libertad germina”<sup>61</sup>. Y Amor, con mayúscula, es el Espíritu Santo, el cual cuando invade al hombre con su fuerza lo capacita para vencer obstáculos que hasta entonces parecían insalvables. Pentecostés, fiesta del Espíritu, es, con toda razón, fiesta de la libertad más auténtica. Quienes antes, por miedo a los judíos, se habían escondido, ahora, llenos del Espíritu, hablan con gran valentía en público, causando asombro. No era para menos. La razón no es otra sino que “donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad” (2Co 3, 17). Y el Espíritu del Señor está muy presente en ese proceso de comunicación y transformación de amor, descrito por Juan de la Cruz en el *Cántico Espiritual*. Expectante por lo que Dios le dará en la otra vida, quien ha experimentado lo que significa amar y ser amado por Dios, siente ya en ésta “nueva primavera en libertad y anchura y alegría de espíritu”<sup>62</sup>.

### III. CAMINO TEOLOGAL

Después de haber presentado el itinerario sanjuanista como camino de seguimiento de Jesucristo y como camino de liberación, nos toca ahora presentarlo como camino teologal.

Un gran conocedor del Santo decía hace años que nada le parecía tan grande en el sistema místico de san Juan de la Cruz como “reducirlo todo a las tres virtudes teologales”<sup>63</sup>. En efecto, es tanta la importancia que Juan de la Cruz concede a las virtudes teologales que las considera como la mejor garantía para alcanzar la meta de la unión con Dios<sup>64</sup>. Al presentar cada una de ellas repetirá que son

61 Así comienza el himno litúrgico de la hora intermedia para el miércoles de la primera y tercera semana, del que es autor Bernardo Velado Graña (cf. *Liturgia de las Horas III*, Coeditores litúrgicos, 1984<sup>2</sup>, 655 y 913).

62 CB 39, 8.

63 CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *Escuela mística carmelitana*, Madrid, Mensajero de santa Teresa y de san Juan de la Cruz, 1930, 29. Años más tarde, con ocasión del IV Centenario de la muerte del Santo, Juan Pablo II manifestó que “una de las aportaciones más valiosas de san Juan de la Cruz a la espiritualidad cristiana es la doctrina acerca del desarrollo de la vida teologal” (*San Juan de la Cruz, maestro en la fe*, Madrid, EDE, 1991, n. 10; también en: *Ecclesia* 2508 [1990] 1950).

64 Con razón se ha dicho que Juan de la Cruz hace de la vida teologal la esencia de su doctrina (cf. J. D. GAITÁN, *Juan de la Cruz: cercanía de Dios y vida teologal*, en: *San Juan de la Cruz* 24 (1999) 143-171. Véase también C. GENARO,

el medio adecuado para el fin que aquí se persigue. Sin embargo, se ve obligado a reconocer que muchas personas, por no saberse conducir por ellas, no van tan derecho ni tan rápido en el camino espiritual<sup>65</sup>.

Aunque nos vamos a referir a cada una de ellas por separado, en realidad son inseparables, “por cuanto estas tres virtudes teológicas andan en uno”<sup>66</sup>. Y las tres han de ser vistas como actitudes fundamentales, como “una manera de vivir todas las cosas a la luz de Dios”<sup>67</sup>.

### 3.1. *El camino oscuro y seguro de la fe*

Comenzando por la fe, de ella afirma Juan de la Cruz que “es el medio o camino por donde ha de ir el alma a esta unión”<sup>68</sup>. La fe es una escala secreta que penetra hasta lo profundo de Dios. El que camina en fe muda su traje natural, cambia su manera de entender: de humana y carnal en divina y espiritual. Escribiendo a los Gálatas, Pablo asegura que antes de que llegara la fe estábamos bajo el yugo de la ley; ahora, por la fe en Cristo Jesús, somos hijos de Dios (cf. Ga 3, 23-29). Por la fe hemos sido revestidos de Cristo, hemos sido hechos nuevas criaturas (cf. Ef 2, 1-10; 4, 20-24; Col 3, 9-15).

Rememorando, tal vez, la ceremonia del bautismo, en la que el bautizado recibe una vestidura blanca, Juan de la Cruz dice que la “fe es una túnica interior de una blancura tan levantada, que disgrega la vista de todo entendimiento. Y así, yendo el alma vestida de fe, no ve ni atina el demonio a empecerla, porque con la fe va muy amparada”<sup>69</sup>. La fe, por otra parte, es escudo protector contra los ataques del adversario. Nada extraño que el Apóstol recomiende a los cristianos de Éfeso que embracen siempre el escudo de la fe (cf. Ef 6, 16).

---

*Fede, speranza e carità: cammino verso l'unione con Dio*, en: *Rivista di Vita Spirituale* 44 (1990) 311-337; F. HERVÁS POVEDA, *Vida teologal en la escuela de san Juan de la Cruz*, Ávila, Signum Christi, 1986; I. RODRÍGUEZ, *La vida teologal según el Vaticano II y san Juan de la Cruz*, en: *Revista de Espiritualidad* 27 (1968) 470-492; F. RUIZ SALVADOR, *Estructuras de la vida teologal en san Juan de la Cruz*, en: *Monte Carmelo* 88 (1980) 367-387; ID., *San Juan de la Cruz, hombre teologal*, en: *Vida Espiritual* 35 (1972) 48-55.

65 Cf. 2S 6, 1-7.

66 2S 24, 8.

67 C. GARCÍA, *Juan de la Cruz y el misterio del hombre...*, 190.

68 1S 2, 1.

69 2N 21, 3.



Escala, túnica blanca..., la fe es, además, medio próximo para la unión con Dios. Ahora bien, el que camina en fe camina a oscuras. Juan de la Cruz compara la fe a la media noche. La fe es noche oscura: tanto más oscura y cegadora cuanto más pura y clara es ella. A medida que crece la fe, en esa misma medida crece también la luz que ciega y deslumbra la razón natural. El exceso de luz que proyecta la verdad de fe es lo que nubla nuestra vista. Así pues, la fe es a un tiempo noche y luz para el alma; “y cuanto más la oscurece, más luz la da de sí”<sup>70</sup>.

Parece extraño que la fe pueda ser al mismo tiempo luz y oscuridad. Para aclarar esto, Juan de la Cruz alude a la nube que acompañó a los israelitas al salir del Egipto. De ella afirma que era luz durante la noche y sombra durante el día. Como la nube, la fe es tiniebla que alumbra al alma. Y la alumbra para que, así como la nube guió y protegió a Israel en su travesía por el desierto y el mar Rojo, así también la fe guíe y proteja al alma en su travesía por la noche. Para no errar en el camino hacia Dios, ha de quedarse bien ciega en fe, “que es su verdadera guía”<sup>71</sup>.

Quedarse ciega en fe significa no arrimarse a cosa que entienda, guste, sienta o imagine. “La fe es sobre todo aquel entender y gustar y sentir e imaginar”<sup>72</sup>. Por eso sólo a ella ha de tomar por guía y luz. Para explicar esto Juan de la Cruz echa mano de un dato de experiencia: para que el ciego se deje guiar totalmente por el mozo de ciego ha de estar completamente ciego. Si ve un poco entonces piensa que es mejor ir por allí, sin reparar en otras partes que no ve. Lo mismo sucede con la fe. Si no se queda bien ciega, fácilmente yerra, apoyándose en sus propias luces o saberes, que siempre son muy limitados.

Dios está sobre todo saber y entender. Por eso, según san Juan de la Cruz, “en este camino el entrar en camino es dejar su camino (...); y dejar su modo es entrar en lo que no tiene modo, que es Dios”<sup>73</sup>. Dios no es lo que el hombre entiende o imagina. Por eso, tanto más se allega a él cuanto más libre se queda de sus propias estimaciones. “Si el alma –escribe Juan de la Cruz– quisiere ver, harto más presto se oscurecería acerca de Dios que el que abre los ojos a ver el gran resplandor del Sol”<sup>74</sup>.

70 2S 3, 4.

71 2S 4, 3.

72 2S 4, 2.

73 2S 4, 5.

74 2S 4, 6.

Así pues, la fe es luz y es, también, oscuridad; y tanto mayor luz es cuanto mayor sea la oscuridad. Esta especie de antinomia aparece bellamente expresada en el poema de *La Fonte*. A través de la oscuridad de la fe, el alma penetra en el misterio de Dios: “¡Que bien sé yo la fonte que mana y corre / aunque es de noche!”. Como venimos diciendo, Dios es noche para el alma, pero es también luz. Y, por extraño que parezca, en medio de la oscuridad de la noche, el alma descubre que Dios es fuente inagotable que mana y corre. Es el conocimiento o sabiduría de la fe: aunque es de noche o porque es de noche el hombre conoce a Dios. En este caso, conocimiento de Dios y oscuridad no se oponen. Todo lo contrario, es en la oscuridad de la noche donde mejor se conoce a Dios.

En la poesía que comienza con la letra: “entréme donde no supe / y quedéme no sabiendo / toda ciencia trascendiendo” Juan de la Cruz canta la excelencia de la fe, ya que ella es el medio próximo y proporcionado para la unión con Dios. Y lo es “porque es tanta la semejanza que hay entre ella y Dios, que no hay otra diferencia sino ser visto Dios o creído”<sup>75</sup>. Del mismo modo que Dios es uno y trino, la fe nos lo propone uno y trino. Y del mismo modo que Dios oscurece con su luz nuestro entendimiento, la fe oscurece también con la suya nuestro entendimiento. La conclusión no se hace esperar: “por tanto, cuanto más fe el alma tiene, más unida está con Dios”<sup>76</sup>. Fiel a este principio, rechaza todo tipo de fenómenos extraordinarios (visiones, locuciones, revelaciones...). Ninguno de ellos es medio proporcionado para la unión. Todo lo contrario: con frecuencia son un estorbo. Quien se guiare por ellos se expone a perder el camino oscuro y seguro de la fe.

Si leemos con atención los evangelios, no tardaremos en darnos cuenta de la respuesta que Jesús da en varias ocasiones a quienes acuden a él: “basta que tengas fe” o “tu fe te ha salvado” (cf. Mt 8, 13; 9, 29; 15, 28; Mc 5, 34. 36; 10, 52; Lc 7, 50; 17, 19). Otras veces reprochará a sus discípulos su falta de fe (cf. Mt 14, 31; 16, 8; 17, 20; Mc 4, 40; 16, 14; Lc 24, 25-27; Jn 20, 27), lo mismo que los profetas reprocharon a Israel su rebeldía y su falta de confianza en Dios (cf. Is 1, 2-3; 30, 1-2; 43, 25-27; 50, 1; 63, 10; Jr 9, 12-15; Os 7, 13-16)<sup>77</sup>. Frente a estos comportamientos, los autores del Nuevo Testamento insisten en que a la salvación llegamos por la fe en Jesús (cf. Rm 1, 16-17; 3, 27-31; 10,

75 2S 9, 1.

76 2S 9, 1.

77 El caso del profeta Ezequiel es un tanto especial, ya que es puesto como centinela en medio de Israel, casa de rebeldía (Ez 2, 3-7; 3, 9. 26-27; 12, 2. 9; 17, 12; 24, 3).

8-10; Jn 3, 36; 6, 47; 11, 25-27, etc.). Ahora bien, creer en Jesús significa no agarrarse a nuestras seguridades ni vivir a la defensiva atrincherados en nuestras conquistas del pasado. Creer en Jesús significa, más bien, aceptar nuestra pequeñez confiando plenamente en él. Creer en Jesús y creer en Dios significa que, aunque camine por cañadas oscuras, el Señor es mi luz y mi salvación (cf. Sal 22 y 26). En sintonía con esto, Juan de la Cruz afirma que no se trata de ver o entender, sino de creer, ya que a la meta de la divina unión “ha de caminar el alma más creyendo que entendiendo”<sup>78</sup>.

### 3.2. *La esperanza del cielo alcanza cuanto espera*

Maestro en la fe<sup>79</sup>, Juan de la Cruz es, igualmente, testigo de la esperanza. Si, en opinión de quienes le conocieron “su esperanza parecía de cepa apostólica”<sup>80</sup>, según un autor de nuestros días Juan de la Cruz es “hombre del término” que suspira ardientemente por alcanzar la vida eterna<sup>81</sup>. Bastaría repasar la estrofa 11 del *Cántico Espiritual* que dice:

¡Descubre tu presencia  
y máteme tu vista y hermosura;  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura!

En el comentario que hace a los versos explica que “pide en esta canción determinadamente le descubra y muestre su hermosura, que es su divina esencia (...), desatándola de la carne, pues en ella no puede verle ni gozarle como desea”<sup>82</sup>. Y un poco más adelante: “por eso el alma no teme morir cuando ama, antes lo desea”<sup>83</sup>. Desea morir para vivir, como el que emprende un viaje desea alcanzar su destino. Y hasta que ese destino no se alcanza el caminante o viajero está inquieto; y tanto más inquieto cuanto más ardiente es su deseo.

78 2S 26, 11.

79 En la carta apostólica antes citada, Juan Pablo II califica a Juan de la Cruz como maestro en la fe y guía para los que buscan a Dios (cf. *San Juan de la Cruz, maestro en la fe...*).

80 SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, vol. V, Burgos, Monte Carmelo, 1936, 334.

81 Cf. J. MOUROUX, *El misterio del tiempo*, Barcelona, Estela, 1965, 273-274.

82 CB 11, 2.

83 CB 11, 10.

Enamorado de Dios, Juan de la Cruz desea vivamente encontrarse con él sin las cortapisas de la carne, por eso suplica: “rompe la tela de este dulce encuentro”<sup>84</sup>. Para él esta vida ya no es vida o, cuando menos, no es la vida verdadera. Sólo vive pensando en Dios; todo lo demás le produce hastío y dolor. Por eso, al igual que Teresa de Jesús, exclama: “que muero porque no muero”.

Para el místico Juan de la Cruz, traspasado por el fuego del amor, lo más apetecible sería morir para ver a Dios. Si se goza es con la esperanza de verle. Esperar en Dios entonces significa rebasar el limitado universo en el que discurre nuestra vida, que, por ser temporal, es caduco. La esperanza, en cambio, apunta hacia lo que está más allá del tiempo, o sea, a Dios. Si Miguel de Unamuno dijo que el universo visible le venía estrecho porque le faltaba aire que respirar<sup>85</sup>, lo mismo pueden decir los cristianos, y no porque les falte aire, sino porque, sabiendo que no tienen aquí ciudad permanente, suspiran por la futura (cf. Hb 13, 14)<sup>86</sup>.

No se detiene Juan de la Cruz tanto en el desarrollo de la esperanza como en el de la fe y en el del amor. Sin embargo, ella está presente en todas sus páginas, de modo que la búsqueda de Dios surge y está sostenida por la esperanza de encontrarlo. Con toda razón se ha dicho que “la esperanza no es otra cosa que la fe en su devenir o, lo que es lo mismo, el amor en busca de su desarrollo”<sup>87</sup>.

Para Juan de la Cruz el gran impedimento de la esperanza es la memoria. Por la memoria el hombre se contempla a sí mismo situado en unas coordenadas espacio-temporales. Hacia atrás, el pasado; hacia delante, el futuro; entremedias, el presente. Es el tiempo como componente ineludible de la existencia, al que se hallan ligados no sólo los recuerdos sino también los proyectos. Los primeros nos trasladan al pasado; los segundos, nos lanzan al

84 LB 1, 29-35.

85 Cf. M. DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa Calpe, 1985<sup>4</sup>, 54s.

86 Es muy interesante lo que A. de Saint-Exupéry cuenta de las gacelas criadas en un oasis del Sahara. Encerradas en un cercado de cañas, se llega a creer que se las ha domesticado. ¡Es pura ilusión! De hecho no cesan de apretar sus cuernos contra la cerca en dirección al desierto. ¿No nos reconocemos a nosotros mismos en esas gacelas?, se pregunta Greshake. También nosotros hemos sido habituados a lo que llamamos ‘nuestro mundo’, hasta que caemos en la cuenta de que en nosotros “existe un anhelo de espacio y libertad que se proyecta más allá de todo cuanto es posible aquí y ahora” (G. GRESHAKE, *Más fuertes que la muerte*, Santander, Sal Terrae, 1981, 15).

87 G. MOREL, *Le sens de l'existence selon Saint Jean de la Croix. II, Logique*, Paris, Aubier, 1960, 268.

futuro. Nada diría Juan de la Cruz sobre unos y otros (sobre recuerdos y proyectos) si no hubiera observado que muchas veces paralizan el dinamismo de la esperanza. Y conste que al hablar de la purificación de la memoria no pretende amputar algo tan propio de la naturaleza humana como son los recuerdos y los proyectos. Lo que él pretende es liberar (vaciar, dirá él) la memoria del lastre que dejan, “sacándola de sus límites y quicios naturales y subiéndola sobre sí, esto es, sobre toda noticia distinta y posesión aprehensible, en suma esperanza de Dios incomprendible”<sup>88</sup>.

Como fácilmente se comprenderá, el objeto de la esperanza teologal es Dios mismo, bien inconmensurable e inconquistable. A su lado, nuestras pequeñas o grandes adquisiciones, nuestros pequeños o grandes cálculos se desmoronan. Y es bueno que se desmoronen, ya que entonces el hombre corre a Dios por la esperanza. Ésta, explica Juan de la Cruz, fortificada por el amor, le hace volar ligero<sup>89</sup>.

Dios es don y es gracia. Y para poder acogerlo tenemos que vaciarnos de todo lo demás. Encargada de vaciar la memoria de toda posesión es la esperanza que, como recuerda el Apóstol, es siempre de lo que no se posee (cf. Rm 8, 24-25). Lo que se posee ya no se espera. Por eso afirma Juan de la Cruz: “espere en desnudez y vacío, que no tardará su bien”<sup>90</sup>.

Por naturaleza, la memoria se inclina a almacenar. Nada habría que objetar a este proceder, si no fuera obstáculo para la unión con Dios. Pero, de hecho, lo es. Y lo es porque, ordinariamente, el que almacena, en las cosas almacenadas pone su corazón, indisponiéndose para gozar de Dios. Prefiere estarse con sus bienes, en lugar de ir a Dios, sumo bien.

¡Qué absurdo que el que debiendo ir a un lugar deje de ir porque, seducido por el paisaje, perdió de vista la meta! Aplicado a la memoria, esto quiere decir que quien se detiene y recrea en sus propios recuerdos tendrá dificultades para culminar el camino que lleva a la unión con Dios. No es infrecuente que el espíritu de propiedad lleve al hombre a enquistarse en sí mismo, rompiendo su relación con el Creador. Frente a la tentación de acumular más y más, Juan de la Cruz decía que los carmelitas han de ser, “más que

88 3S 2, 3.

89 Cf. 2N 20, 1.

90 3S 3, 6.

frailes de trazas y provisiones, frailes de espera en Dios”<sup>91</sup>. Recordemos que el pecado que cometió el rey David cuando ordenó hacer el censo de la población fue un pecado de autosuficiencia (cf. 2Sam 24). Quiso sentirse seguro teniendo ante sus ojos la lista de todos sus súbditos. Pero Dios, por boca del profeta Natán, reprobó inmediatamente ese comportamiento, haciéndole ver que la esperanza hay que ponerla sólo en Dios, y no en nuestros carros o caballerías (cf. Sal 20, 8).

A la vana esperanza, incapaz de colmar nuestros aspiraciones, Juan de la Cruz contrapone la esperanza teologal. Ésta, que es pura y entera<sup>92</sup>, nos libera tanto de lo añorado (pasado) como de lo soñado (futuro). La esperanza teologal rechaza por igual actitudes nostálgicas como actitudes o posturas utópicas. En realidad, ella nos enseña a poner única y exclusivamente nuestra confianza en Dios. “Sólo su Dios para ella es el todo”<sup>93</sup>.

Al igual que la fe, la esperanza teologal nos prohíbe hacer presa o detenernos en nada, si realmente queremos llegar a Dios. La esperanza es, por antonomasia, virtud o alma del caminante. Mientras esperamos allá nuestros bienes –escribe Juan de la Cruz a Juana de Pedraza– vivamos acá como peregrinos<sup>94</sup>. Y ya sabemos lo que significa vivir como peregrinos: estar siempre en pie de marcha con la mirada puesta en la meta. El peregrino, es una persona que, sin olvidar el día a día, vive pendiente del final del camino. Es un hombre ‘escatológico’ que anhela una realidad mucho mejor que la que momentáneamente tiene ante sí. Esa realidad esperada es lo que justifica la renuncia a todo.

En su carta a los Filipenses, Pablo escribe: “olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante” (Flp 3, 13). Eso que está por delante es lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó; es lo que Dios tiene preparado a los que esperan en él y lo aman (cf. 1Co 2, 9). Hacia eso quiere orientarnos Juan de la Cruz, quien, según depone Florencia de los Ángeles en las Informaciones de Caravaca (1615), solía repetir: “¡oh, esperanza del cielo, que tanto alcanzas cuanto esperas!”<sup>95</sup>.

91 CRISÓGONO DE JESUS SACRAMENTADO, *Vida de san Juan de la Cruz...*, 230-231.

92 Cf. 3S 3, 3 y 3S 7, 1.

93 LB 1, 32.

94 Cf. Cta 19 (Segovia, 12 de octubre de 1589).

95 *Obras de san Juan de la Cruz, doctor de la Iglesia* (editadas y anotadas por el P. Silverio de santa Teresa), vol. V. Procesos de beatificación y canonización, Burgos, Monte Carmelo, 1931, 189. Véase también la poesía *Tras de un amoroso lance*, calificada por Federico Ruiz como “himno a la esperanza” (F. RUIZ

### 3.3. *Con ansias de amor*

Después de haber hablado de la fe y de la esperanza, nos queda tratar del amor. Si la fe y la esperanza son imprescindibles en el camino que lleva a la unión con Dios, mucho más el amor. Sin amor todo sería inútil. Lo dice el propio Juan de la Cruz: “no hubiéramos hecho nada en purgar el entendimiento en la virtud de la fe y la memoria en la de la esperanza, si no purgásemos también la voluntad acerca de la tercera virtud, que es la caridad”<sup>96</sup>. Purgar la voluntad significa vaciarla de todo aquello que podría impedirle amar a Dios con todas las fuerzas.

Según Juan de la Cruz, el amor hace igualdad y semejanza. De ahí que cuando la persona ama algo distinto de Dios se incapacita para la unión con él<sup>97</sup>. “¿No sabéis –pregunta Santiago– que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?” (Sant 4, 4). Amor a Dios y amor al mundo aparecen aquí como contrarios, por eso para amar a Dios hay que renunciar al mundo y a todo lo que se opone a Dios. De acuerdo con este principio, la definición que Juan de la Cruz da de amor es la siguiente: “amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios”<sup>98</sup>.

Partiendo de Deuteronomio 6, 5 (donde se dice que hay que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas), Juan de la Cruz explica que a Dios le amamos sobre todas las cosas cuando nuestra voluntad se conforma totalmente con la suya<sup>99</sup>. Eso es lo que vemos en Jesús, quien en todo hizo la voluntad del Padre. Por eso el suyo es un amor totalmente puro: su alimento consiste en hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34). Del mismo modo, quien cumple la voluntad de Dios, entra a formar parte de la familia de Jesús (cf. Mc 3, 35). Lo contrario ocurre cuando tenemos el corazón puesto en otra cosa distinta de Dios: que ni lo amamos como se merece ni somos felices. “Aunque el alma –dice Juan de la Cruz– esté en el cielo, si no acomoda la voluntad a quererlo no

---

SALVADOR, *Introducción a san Juan de la Cruz. El hombre, los escritos, el sistema*, Madrid, BAC, 1968, 167. Cf. además A. RUIZ, ‘*Tras un amoroso lance*’. *Canto a la esperanza*, en: *Monte Carmelo* 99 [1991] 573-583).

96 3S 16, 1.

97 Cf. 1S 4 y 5.

98 2S 5, 7.

99 Cf. 2S 5, 4.



estará contenta”<sup>100</sup>. Contenta estará “cuando según la voluntad está unida con el Esposo, y en el mismo Esposo está deleitándose”<sup>101</sup>.

Yo no sé por qué razones o sinrazones la imagen de Juan de la Cruz que más ha circulado dentro y fuera del Carmelo es la de un hombre duro y austero, cuando lo cierto es que sus escritos son una historia de amor. De principio a fin, el argumento central de sus obras es el amor. Un amor que, a través de las sucesivas etapas, se va haciendo más puro y auténtico. Un amor que alcanza su cota más alta cuando de humano y sensual se transforma en divino y espiritual; un amor, en definitiva, que ama a Dios por sí mismo: es –como explica una aventajada discípula suya– el amor libre de todo apego y de todo consuelo; “el de un corazón que no desea otra cosa sino que se cumpla la voluntad de Dios y que se deja guiar por él sin resistencia”<sup>102</sup>.

Pues bien, con ese amor, que es el amor de su Esposo, sale el alma de la noche oscura con ansias en amores inflamada. Quiere esto decir que el amor está presente y activo desde el primer momento del camino. Quiere esto decir que el amor es lo primero de todo. La renuncia o negación –como ya se dijo– es sólo la consecuencia. Es más: ya en los principios del camino hacia la unión con Dios, las ansias de amor son tantas y tan diversas que –asegura– no es posible declararlo. “Es mejor para tenerlo y considerarlo que para escribirlo”<sup>103</sup>.

Pero, por suerte, lo que dejó de escribir sobre el amor en el libro de la *Subida del Monte Carmelo*, lo ha escrito en otros lugares. Por ejemplo, en el libro de la *Noche Oscura* declara que el alma que se encuentra en esa etapa ya no ama de acuerdo con su fuerza natural. Y no ama así porque está íntimamente unida con la voluntad divina. Dios la va instruyendo y perfeccionando en el arte de amar. Más va haciendo: el amor, que es comparado al fuego, va purificando, consumiendo, engendrando pasión de amor. Para darse a entender utiliza la imagen del madero incandescente. “Porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle a

100 Cta 15 (Segovia, 8 de julio de 1589).

101 CB 16, 4.

102 E. STEIN, Carta 620 a Agnella Stadtmüller, en: ID., *Obras Completas I. Escritos autobiográficos y Cartas*, Burgos – Vitoria – Madrid, Monte Carmelo – El Carmen – EDE, 2002, 1339. El propio Juan de la Cruz señala: “el que con purísimo amor obra por Dios, no solamente no se le da nada de que lo vean los hombres, pero ni lo hace porque lo sepa el mismo Dios; el cual, aunque nunca lo hubiese de saber, no cesaría de hacerle los mismos servicios con la misma alegría y pureza de amor” (D 20).

103 1S 14, 3.

secar, echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua que en sí tiene (...), obrando el fuego en él estas propiedades y efectos”<sup>104</sup>. Pues, de igual modo, el fuego del amor divino transforma el alma, haciéndola salir de sus fealdades. Inflamada de amor de Dios, el alma ama con gran fuerza, ama con el amor de Dios. Es un amor vehemente, que no cesa de crecer y de perfeccionarse. Es un amor que, como el fuego y el madero, junta a Dios y el alma en uno.

Volverá a retomar el tema del amor en *Cántico Espiritual*, libro que trata del “ejercicio de amor entre el alma y el Esposo Cristo”. Es aquí donde hablará del desposorio espiritual<sup>105</sup>, del matrimonio espiritual<sup>106</sup>, así como del último grado del amor, donde el alma alcanza altísima sabiduría<sup>107</sup>. Quien llega aquí aprende ciencia muy sabrosa y ya no tiene ningún otro oficio, pues ya sólo en amar es su ejercicio<sup>108</sup>. Empleada en el arte del amor, el alma sólo tiene una pretensión: que se realice la igualdad de amor con Dios<sup>109</sup>. En el libro de la *Llama de amor viva* se ocupará, precisamente, de este tema: del fuego o llama del amor que consume y transforma en Dios sin dar pena<sup>110</sup>.

Así pues, el amor es para Juan de la Cruz lo más importante. El amor es el gran dispositivo que pone en marcha todo su sistema de pensamiento; es la clave fundamental para entender su obra. Y junto al amor, la fe y la esperanza. Las tres juntas constituyen el camino teologal que, de manera directa y segura, nos lleva a la cumbre de la unión con Dios.

## CONCLUSIÓN

Hemos visto que el camino que conduce al hombre a la unión con Dios es un camino de seguimiento de Jesucristo, de liberación y teologal. No quisiéramos terminar sin haber señalado antes que dicho camino es un camino oscuro, y que si muchos no se deciden a transitar por él es porque obran como flacos niños aún no robusteci-

104 2N 10, 1.

105 Cf. CB 14 y 15.

106 Cf. CB 22.

107 Cf. CB 26.

108 Cf. CB 27 y 28.

109 Cf. CB 38, 3.

110 Sobre los efectos que el amor de Dios hace en el alma, puede verse también la tercera estrofa de la poesía *Sin arrimo y con arrimo*.

dos en el ejercicio de las virtudes y “remisos en ir por el camino áspero de la cruz”<sup>111</sup>.

Hemos de tener en cuenta que la acción de Dios siempre desconcierta al hombre. Y tanto más lo desconcierta cuanto más se apodera de él. Pues bien, eso es lo que ocurre en determinados momentos del itinerario sanjuanista que hemos descrito. La persona no sólo no acierta a explicarse lo que le pasa, sino que, además, tiene la sensación de hallarse inmersa en densas y espantosas tinieblas. Se trata de una experiencia dolorosa, por lo que supone de oscuridad, pero, al mismo tiempo, dichosa, por cuanto presagia el comienzo de una nueva etapa. Es lo que Juan de la Cruz denomina ‘noche oscura’ en su doble modalidad (sensitiva y espiritual), y que ocasiona, a la par, grandes aflicciones y grandes provechos al hombre. Junto a un mejor conocimiento de sí y de las grandezas de Dios, el paso de la noche acrece el amor. Poco a poco se inflama la voluntad, se ilustra el entendimiento...; se produce un cierto toque en la divinidad y el comienzo en la unión de amor. Salir de la mísera servidumbre a la que la persona se hallaba sujeta para unirse con el Amado es, desde luego, una dichosa ventura, aunque tal cosa ocurra en la oscuridad de la noche. A fin de cuentas, es una noche más amable que la alborada, ya que junta a quienes se aman, creando entre ellos un vínculo de amor profundo. Eso, sin embargo, no hubiera sido posible sin ir ‘disfrazada’, esto es, sin llevar puesta la túnica tricolor de las virtudes teologales.

111 1N 6, 7.

## SUMARIO

Según el libro de los Hechos de los Apóstoles, los primeros cristianos eran conocidos como seguidores del Camino. Muchos siglos después, Juan de la Cruz concibe la vida del hombre como un camino hacia Dios. Tres rasgos o aspectos fundamentales de ese camino son: el seguimiento de Jesús, la experiencia de liberación y el ejercicio de las virtudes teologales. A todo ello hay que añadir un dato más: se trata de un camino oscuro que, finalmente, desemboca en una alborada de luz. En la mente de Juan de la Cruz, la noche oscura es tránsito venturoso que conduce a la unión del hombre con Dios.

## SUMMARY

According to the Acts of the Apostles, the first Christians were known as followers of the Way. Many centuries later, John of the Cross describes the life of man as a way or path towards God. Three fundamental features or aspects of the way are: the following Jesus, the experience of liberation and the practice of the theological virtues. To all this we have to add one more thing: we are dealing with a dark way which, in the end, bursts into a sunny dawn song. In the mind of John of the Cross, the dark night is a happy passage which leads to the union of man with God.